

EN 1960, con motivo del centenario de Moratín, contestaba el doctor Marañón a una encuesta de «Insula» con esta frase: «Lo que más me interesa de Moratín es su impene-trabilidad. Creo que su personalidad es un misterio». Y en la misma encuesta escribía Vicente Aleixandre: «En medio de una crisis de la conciencia española, la figura humana de Moratín es patética como pocas. La reserva moratíniana sólo se esclarece, mejor dicho, se subraya, en algunos vislumbres de su epistolario. Este espíritu contradictorio está pidiendo ser personaje en un drama de resonancia moral de un comediógrafo de hoy». (Entre paréntesis, ¿no pensaría Aleixandre en Buero Vallejo como autor de ese posible drama?) Azorín, el primero en ver la modernidad de Moratín, habla también de su sensibilidad contradictoria, pues Moratín era reservado y alegre, tímido y decidido cuando era necesario, liberal y conservador. ¿Sigue siendo hoy Moratín una figura enigmática y contradictoria? En su reciente libro sobre el autor de *El sí de las niñas*, intenta Luis Felipe Vivanco un asedio a la intimidad de Moratín, pero reconoce que es difícil entrar en el secreto de su alma. Ese secreto, más que sus come-

dias y en sus poesías, hay que buscarlo en sus cartas, donde entreve-mos a ratos la personalidad compleja y huidiza de don Leandro. Un joven hispanista francés, René Andioc, editor hace años del curioso *Diario moratíniano*, acaba de realizar la proeza de publicar el *Epistolario completo de Moratín*, un tomo de setecientas páginas, que la editorial Castalia ha cuidado con esmero. Andioc publica cuatrocientas cartas, cien más que las reunidas por Hartzbusch, primer editor del *Epis-tolario*, en 1867-1868. Pero el hispanista francés no sólo ha aclara-do y enriquecido el texto de las cartas con centenares de curiosas notas, sino que ha restituido a dicho texto su integridad y su autenti-cidad, pues el pudoroso Hartzbusch, que tenía sin duda vocación de censor, mutiló todas las cartas que le parecieron demasiado osadas en asuntos religiosos, políticos o eróticos. Estos últimos no faltan en sus cartas, pues Moratín, que presumía de moralista cuando escribía a su familia y a Paquita Muñoz, su amor frustrado, era sobre manera aficionado a las meretrices o putillas —como él las llama—; durante su viaje a Italia solía visitarlas a diario, y no sería para charlar con ellas.

ESPAÑA Y LOS ESPAÑOLES EN LAS CARTAS DE MORATÍN

¿Cuándo se educará la nación?

... He venido embarcado desde Tolosa a Narbona, y en toda mi nave-gación no ha cesado mi admira-ción y mi envidia, ni se me ha po-dido quitar de la memoria el famo-so canal de Campos, que se em-pe-zó, como todo lo bueno que se em-pieza en España, para no concluirlo jamás. ¿No es desgracia nuestra que cuanto se hace, dirigido a la utilidad pública, si uno lo em-pren-de, viene otro al instante que lo abandona o lo destruye? ¿Cuándo se educará la nación? ¿Cuándo se generalizarán las ideas de economía política, y convendrán los que gobiernan en no abandonar jamás lo que es urgente, lo que es co-nocidamente útil, y cesará el em-peño funesto que los agita, de ani-kuilar y deshacer lo que sus pre-decesores fomentaron? ... En odio del Conde de Aranda se abandona el canal de Manzanares; en odio del mismo se prohibieron las máscaras, y aun nos han querido dar a entender que nadie puede ser cris-tiano católico si una noche se viste de molinero o se pone una caperuza de Pulchinel. No extrañaría que en odio del mismo volvieran los pa-dres jesuitas con sus orillos, su pro-babilismo y su buen chocolate. Mucho tardan en restablecerse los Co-legios Mayores, en odio de don Ma-nuel de Roda; y entre tanto, se ha logrado acabar, en odio de Grimal-dí, con los teatros de los sitios, lo único que teníamos, en este género, decente y regular. ¿No es esto bur-larse de los intereses de una nación y mantenerla siempre en estado de infancia? ¡Y me dice Vmd. que habrá una Academia de Ciencias, y un edificio magnífico, y una escogida y numerosa biblioteca! No lo crea Vmd.: el Conde caerá del ministe-rio, como todos caen, y, por consi-guiente, el que le suceda enviará a

los académicos a la Cabrera, a las Batuecas o al Tardón, los libros se machacarán de nuevo en el molino de Oruzco para papel de estraza, y el edificio servirá de cuartel de inválidos o de almacén de aceite... (Carta a Jovellanos, Narbona, 28-VIII-1787.)

Nuestra dulce patria

Amigo Solís: El que se casa y ha-ce tres hijos, y les da buena educa-ción, y desempeña las obligaciones de su estado, bastante ha hecho. No escriba Vmd. ni imprima, que bastante se ha escrito y demasia-do impreso. La manía de ser escri-tor, o nos hace ridículos y desprecia-bles, o nos hace el objeto de la envidia, de la destrucción, de las injusticias más feroces. Sea influjo del clima, de las circunstancias, sea el demonio, que en todo se mete, lo cierto es que nuestra dulce pa-tria no permite que ninguno de sus hijos sobresalga en ella impune-mente, y paga con amarguras los esfuerzos del talento y la aplica-ción, al paso que recompensa con premios y honores la ignorancia, el error y los delitos. Trate Vmd. de vivir feliz con su familia, tranquilo y honestamente divertido; lea, y no escriba; conozca el mundo, pero no lo pinte; y pase estos pocos instan-tes que llamamos vida lo más ale-gre y holgadamente que le sea po-sible. (Carta a Dionisio Solís, París, 18-I-1819.)

El castigo sin razón

... Si no nos vemos, no tengo yo la culpa. Quien me ha desterrado, podrá llamarme cuando guste; quien me ha quitado el empleo y honores que tuve, podrá restituir-melos si quiere; quien prohíbe mis obras, podrá levantar el entredicho.

Nada de esto está en mi mano. Cuando se me acuse de algún deli-to que haya motivado esta perse-cución, responderé a los cargos que quieran hacerme; pero, hasta aho-ra, sólo he visto el castigo y no la razón del castigo. (Carta a Paquita Muñoz, Barcelona, 13-II-1817.)

La suerte del desterrado

Mucho deseo que le vaya a Vmd. bien en Londres y halle medios de existir y prosperar lejos de su tierra, que no está para mantener a sus hijos y hacerles vivir. Tal es nuestra suerte; yo estoy tan acos-tumbrado a ello, que dondequiera que hallo lo poco que he menes-ter para vivir, aquélla me parece mi tierra, puesto que la que conocí en mis primeros años se me hundió, y ya no existe ni en el globo ni en el mapa. (Carta a Vicente Salvá, París, 14-XI-1827.)

Disipar errores funestos

... Si combate (el historiador) las opiniones recibidas, ahí están los Clérigos, que con el Breviario en la mano (que es su autor clásico) le argüirán tan eficazmente, que a muy pocos silogismos se hallará metido en un calabozo, y Dios sabe dónde y para cuándo saldrá. Cré-me, Juan; la edad en que vivimos nos es muy poco favorable: si va-mos con la corriente, y hablamos el lenguaje de los crédulos; nos burlan los extranjeros, y aun dentro de casa hallaremos quien nos tenga por tontos; y si tratamos de disipar errores funestos, y enseñar al que no sabe, la Santa Inquisición nos aplicará los remedios que acos-tumbra. (Carta a Juan Pablo For-ner, Montpellier, 23-III-1787.)

Sacar las uñas

Tienes al pobre Pinto en los en-cierros de la Inquisición de Bar-celona. Ha empezado ya el Santo Tribunal a sacar las uñas, y busca por todas partes masones, liberti-nos, blasfemos, lascivos, heréticos y sospechosos. (Carta a Juan Anto-nio Melón, Montpellier, 24-II-1818.)

Toda preocupación es poca

Yo, que necesito consejos, no qui-siera darte ninguno, pero no puedo menos de decirte que si padeces de aquella enfermedad (que pienso que se ha de llamar nostalgia), te cures de ella, y no te olvides de la máxima santísima de que donde-quiera que a uno le vaya mediana-mente bien, allí debe estar. No quisiera que a tí, ni a otro alguno de los que yo quiero bien, les ce-gase el dulcis amor patriae, y se atropellaran a venir por acá, para arrepentirse después de haberlo hecho. Se necesitan decretos del Rey muy claros y muy terminantes; se necesita dar tiempo para ver qué les sucede a los primeros que vengán; se necesita, en suma, ver de antemano si los tales decretos se obedecen. (Carta a Melón, Bar-celona, 17-I-1816.)

Locos y pícaros

... El día diez de este mes se han cumplido doce años que salí en un carro, a merced de quien tuvo com-pasión de mí, abandonando mi ca-sa y mis bienes, con seis duros en la faltriguera por único caudal, y me entregué a la disposición de la fortuna, que en cinco años conse-cutivos me hizo padecer trabajos horribles; y en verdad que no los merecí. Sin embargo, dos beneficios inapreciables he debido al favor de

¿Qué fue ideológicamente Moratín? Inicialmente, un progresista, amante de las reformas justas y enemigo de la tiranía. Pero se asustó tanto de la Revolución francesa, cuyos excesos contempló en París, que sus ilusiones progresistas duraron poco, y pronto perdió todo entusiasmo político, si es que alguna vez lo tuvo, y limitó sus ambiciones a una tranquila aurea mediocritas, en la sosegada Burdeos, cuando logró escapar de la España loca. Así conseguía defender, aun a costa de su pobreza y del alejamiento de su patria, dos cosas que amaba mucho: su libertad y su independencia. Como a otros exiliados —Blanco White, Cernuda—, el largo destierro acabó distanciándole espiritualmente de su patria, hacia la que ya sentía más repugnancia que nostalgia. Para él, España había muerto, y hubo de resignarse a vivir «en alto olvido de la difunta España».

Para los lectores de TRIUNFO he espiado algunos fragmentos de las cartas más significativas del Epistolario moratíniano, en las que se refleja en carne viva el drama de Moratín, obligado por el fanatismo español a vivir fuera de su patria. ■ JOSE LUIS CANO.



Moratín.
Retrato
por un autor
desconocido
(Museo de la Real
Academia
de Bellas Artes,
de San Fernando).

Dios: el primero, una salud constante, con la cual he podido resistir a tantas miserias y pesadumbres como he tenido; y el segundo, un genio naturalmente dócil y alegre, que me ha prestado resignación y consuelo en las mayores tribulaciones. Salí de ellas con vida y con mayor conocimiento del mundo que el que antes tenía, tomé la única resolución que podía convenirme, y al cabo de siete años que determiné no vivir en compañía de locos y picaros, todavía no he tenido motivos de arrepentirme de mi resolución. Así que vivo tranquilo, oscuro, estimado de los muy pocos que me conocen, gozando de aquella honesta libertad que sólo se ad-

quiere en la moderación de los deseos. Ni aspiro a más, ni espero recuperar lo que me han robado (que es imposible), perdono a los que me han ofendido, y toda mi ambición se reduce a poder continuar con lo poco que he podido salvar de tan deshecha tormenta, y acabar en paz el curso de mi vida, que ya es tiempo de que termine. (Carta a Paquita Muñoz, Burdeos, 14-VIII-1824.)

La difunta España

Voy pasando el invierno bastante bien; trabajo en mis papelotes de teatro antiguo, y creo que estará concluida mi labor dentro de unos

pocos meses. Hecho esto, me propongo no ilustrar más el orbe literario; colgaré la mal tajada peñola, y me iré a pasar la estación primavera y la estival a una hermosa hacienda (no mía), en un delicioso país, que dista de aquí dos horas en coche. Casa, cuartito cómodo, gallinero, vacas mugientes, pintadas con grandes manchas pardas sobre fondo blanco, jardín, huertecillo, viña, arboleda sombría, bosque delicioso, que atraviesa un riachuelo, a quien he puesto por nombre Guadalaviar, a causa de que en la lengua del país se llama Eau Blanche. Todo esto, y hermosos prados, vistas alegres de montecillos y alquerías, buenos alimentos, sobriedad, tranquilidad y alto olvido de la difunta España, me está convidando, si la muerte, que no se anuncia todavía, no me lo estorba. (Carta a Melón, Burdeos, 22-XII-1824.)

Todo es peligroso

Una sola cosa tengo decidida y decretada irrevocablemente, y es el no volver jamás a entrar por las puertas de mi lugar [Madrid], aunque viva más años que el patriarca Enoch. En este supuesto, si esa nación deja de ser loca, si no alborotan, si no se matan por hacerse felices, si sufren como deben el freno y la cincha y el albardón que les han puesto, y que por tantos títulos han merecido, en una palabra, si quieren ser hombres de bien por unos pocos años (que es lo que yo necesito), dígame que en este caso cargaría con mis libros y mis calcetas, y previa la superior licencia (porque no quiero hacer papel de delincuente fugitivo), me iría a establecer a Aix, en Provenza.

Entre tanto, mi resolución es la de no moverme de aquí, no trocar este pueblo por otro ninguno de España, si he de vivir y morir en ella. En este caso, es necesario hacer una vida oscurísima y retirada; no hablar, no escribir, no imprimir, no dar indicio alguno de mi existencia; y esto entre unas gentes las más tolerantes, las menos chismosas, las menos perseguidoras de toda la Península, donde cada cual atiende a sus negocios e intereses, y no se mezcla en los ajenos... (Carta a Melón, Barcelona, 17-I-1816.)

El amor de la patria

... Otra cosa: si en alguna carta vieres que cerdeo un tanto cuanto, y que me punza el amor de la patria, y dejo traslucir el laudable propósito de volverme a ella, envíame, para curarme tales vértigos, alguna noticia semejante a la de la apoteosis de Urquijo; que te quedaré sumamente agradecido, y restablecerá, como por la mano, mi salud mental. (Carta a Melón, Londres, 14-X-1792.)

Mejor lejos

He llegado a esta ciudad, y me hallo muy indeciso en cuanto a

saber si deberé ir a pasar el invierno a Bilbao (en donde nada tengo que hacer), o a Burdeos, en donde me hallaría lejos y libre de las incomodidades y desabrimientos que tanto abundan en nuestra patria dulcísima, y que, según las trazas, se irán aumentando sucesivamente... Su respuesta de usted me servirá de intrucción, y aun de estímulo, para determinar de mi persona, porque es imponderable la repugnancia que siento al considerar que he de pasar otra vez el Pirineo. (Carta a Manuel Silvela, Bayona, 28-IX-1821.)

Como verduleras

En Madrid siguen las guerrillas literarias con un encarnizamiento lastimoso; se tratan como verduleras, se escriben prosas y versos ponzoñosos, se ridiculizan unos a otros, se zahieren y se calumnian, en términos que nada falta para llegar a los puños, y concluirse las cuestiones de crítica y buen gusto con una tollina general. Ni sé lo que puede ganar en esto la instrucción pública, ni alcanzo cómo es posible que los que hacen profesión de literatos se olviden tanto de lo que enseñan la buena educación y la cortesía. (Carta a Juan Bautista Conti, París, 26-VI-1787.)

Contentar a la autoridad

Hoy día nada se puede imprimir en España, y en esto se sigue un sistema tan contrario al siglo y a la cultura general de Europa, que será demasiado culpable el que espere contentar a la autoridad que prohíbe la Industria popular y la Ley agraria... Es inútil hablar de supresiones y atajos (que no haré nunca); la obra [Orígenes del teatro español] está escrita con toda la templanza y moderación que se requiere; pero con jueces tan antojadizos, con partidos tan acalorados, nada puede hacerse. (Carta a Melón, Burdeos, mayo o junio de 1827.)

Infame canalla

Si me preguntas cuáles son mis planes, no te lo sabré decir, porque hasta ahora no tengo plan ninguno. Mi único intento ha sido librarme de aquella infame canalla de secretarios, de quienes habrá mucho que recelar que, en vez de la tal licencia, me envíen alguna orden que diese conmigo en otro nuevo destierro, o les ocurriese la necesidad de enviarme a Montoro o a Ceuta; porque todo se puede temer del deseo constante que manifiestan de incomodar y aburrir a cuantos acuden a pedirles algo: Bástame por ahora saber que nadie me perseguirá donde estoy, ni por traidor, ni por gaditano, ni por masón, ni por libertino, ni por afrancesado, ni por conspirador, ni por sospechoso: No puedes figurarte con qué facilidad, con qué impunidad se atropella a cualquiera en aquel desventurado país. (Carta a Melón, Montpellier, 10-IX-1817.) ■